

Presentado en la conferencia The Argentinean economic crisis and its implications for emerging markets, departamento de economía, Universidad de Columbia, Nueva York, 19 de octubre.

306

LA CRISIS ARGENTINA. EL PUNTO DE VISTA DE UN TESTIGO

Es tal la pasión y el subjetivismo que impregnan los análisis referidos a la economía argentina, que mejor comienzo por presentar mis “cartas credenciales”.

Tengo 58 años, y desde que en 1968 regresé a Argentina, luego de cumplir casi todos los requisitos del doctorado en economía en Harvard, analizo diariamente la política económica de Argentina, país donde vivo permanentemente.

Sobre la política económica de Argentina escribí 6 libros (de Pablo, 1972; 1980; 1980a; 1986 y 1994; y de Pablo y Martínez, 1989), y muchos cientos de columnas periodísticas; y desde agosto de 1989 publico Contexto, una newsletter semanal. Además dicté varios miles (sic) de conferencias y desde hace 16 años conduzco un programa semanal de TV sobre economía. Soy, además, profesor universitario y consultor. Y como si todo esto fuera poco, tengo parte de mis ahorros en el “corralón”, y en lo que va de 2002 no he podido modificar mis honorarios en pesos.

. . .

Desde el punto de vista metodológico, analizo “la economía” prestándole particular atención a los procesos decisorios. Dicho sucintamente, eso de lo que nos ocupamos los economistas se entiende mejor cuando consideramos que la economía no “está” en las mercaderías y en los servicios, sino en la cabeza y el corazón (y el estómago y las vísceras) de los seres humanos. No sorprendentemente, uno de mis “economistas” preferidos es Herbert Simon.

Como consecuencia de lo cual, en el caso de tener que basar una decisión individual o de sector, en la política económica vigente, me pregunto qué problemas enfrenta el ministro de economía de turno, qué objetivos se plantea (la cuestión nunca es que es lo que yo desearía que ocurriera si fuera el ministro, sino qué es lo que creo que él –o ella- desea; y en buena medida

esto se averigua “semblanteando” al titular del equipo económico. Cuando uno aprende a ver y escuchar, el “mensaje” que tiene para decir cualquier ser humano aflora rápidamente), y qué instrumentos va a utilizar (entendiendo por tales, decisiones concretas: eficientizar la economía no es un instrumento; devaluar, gravar, desgravar, etc., sí lo son).

Diagnosticar, desear e imaginar medidas, pertenece básicamente al plano descriptivo. Luego de lo cual abordo la pregunta fundamental: ¿“compro” el modelo implícito en la relación que existe entre cómo está la economía, qué dice el ministro que se propone hacer, y la forma en que piensa encarar el problema? Si lo compro, para las variables que el ministro planteó como objetivos, automáticamente pronostico los valores que el ministro se fijó como metas (si estoy de acuerdo con una política antiinflacionaria, automáticamente pronostico la estabilidad de precios); si no lo compro, de inmediato emerge la segunda pregunta fundamental: ¿qué va a hacer el ministro cuando se dé cuenta de lo que yo ya sé; abandonar el objetivo, o mantenerlo, pero reemplazando el instrumento? Como insumo decisorio, ningún análisis de una política económica puede quedarse en concluir “y todo volará por el aire” (ver al respecto de Pablo, 1983, donde se diferencian los modelos “Fin del Mundo, Diluvio Universal o Arca de Noé, y Sistema”), ya que quien me contrata quiere saber cómo y cuándo será la explosión, y sobre todo qué se puede hacer para minimizar sus efectos... y hasta sacar provecho del shock.

Por su enorme utilidad, cotidianamente utilizo un par de herramientas que se aprenden en capítulos especializados, de cursos especializados, lo cual es una pena. Me refiero a la idea de identificación, que se estudia en el capítulo de ecuaciones simultáneas, en los cursos de econometría, y el planteo conocido como Error tipo I, error tipo II, que se estudia en el capítulo de test de hipótesis, en los cursos de estadística. En política económica los problemas de identificación se plantean cotidianamente, porque el responsable de la política económica va de los efectos a las causas, y por consiguiente le resulta de muy poca utilidad un listado de las posibles causas que generan el efecto que ella califica como un problema (lo que quiere saber es cuál de las causas posibles es la que efectivamente está operando aquí y ahora). Por otro lado, el esquema Error tipo I, error tipo II facilita la explicitación de las probabilidades de error, y los costos asociados con el error, al tener que tomar decisiones bajo incertidumbre, es decir, siempre.

La decisión es una síntesis (ejemplos: abrir o cerrar una fábrica, vender en el mercado interno o el externo, incorporar o no nueva tecnología, etc.), y por consiguiente todo análisis que para entender mejor desagrega o abstrae, tiene que volver a integrarse en el momento de la decisión. Calificar a la compra de un auto como una decisión económica, puede hacer pensar que dicha decisión se nutre principal o exclusivamente de consideraciones “económicas”. En cada caso particular la decisión se nutre de todo aquello que tiene en cuenta el decisor (en terminología de Armen Alchian, “todo lo que observás es óptimo para quien tuvo que tomar la decisión”). Esto no convierte al enfoque que utilizo en una mera tautología, sino que busca no ser sorprendido por “exogeneidades”, como por ejemplo el contexto político en el cual está inserta la política económica que se quiere entender, a efectos de tomar decisiones.

. . .

La evolución económica argentina es suficientemente conocida como para que valga la pena volver a sintetizarla. En vez de eso, los 3 cuadros que acompañan a estas líneas ilustran algunos puntos que merecen ser destacados.

El cuadro 1 muestra la evolución del PBI a partir de 1980. El cuadro muestra 2 valores absolutos (en índices, 1980 = 100): el primero a precios constantes, el segundo a dólares corrientes. Nótese que a ninguna de las 2 series la califico como PBI “en términos reales”, precisamente porque la discrepancia entre ellas muestra la existencia de un significativo “problema de los números índices”.

En efecto, el PBI a precios constantes muestra el estancamiento de la década de 1980, seguido por el crecimiento durante la primera mitad de la década de 1990, el impacto del “efecto Tequila” en 1995, la recuperación posterior hasta 1998, y la recesión desde entonces. Con oscilaciones fuertes (caídas de 5,4% en 1981, 6,9% en 1985 y 6,9% en 1989; y aumentos de 7,1% en 1986, 10,6% en 1991 y 8,6% en 1997).

Pero esto no es nada, en comparación con las modificaciones del PBI en dólares corrientes. Según el cuadro en consideración, en 1982 el PBI en dólares era 30% (sic) del que había sido en 1980, y en 2002 será 37% (sic) del que fue en 2001.

¿Qué quiere decir que el PBI en dólares de este año será aproximadamente la tercera parte del del año pasado? Que cuando con el producido de los honorarios ganados en Argentina salgo al extranjero, me doy cuenta de lo “pobrísimos” que soy (al portero del hotel, como todos los años, le dí un dólar cuando subió mi valija a mi habitación, y lloraba al ver irse en su bolsillo “varias horas de mi labor como consultor”), pero no cuando gasto en mi país. Esta es la contrapartida de las fuertes oscilaciones en el tipo de cambio real, o el poder adquisitivo interno del dólar, un tema sobre el que volveré de inmediato.

El cuadro 2 muestra la evolución de las tasas de desocupación y actividad (o participación) a partir de 1974. El cuadro muestra 3 valores, todos referidos al total (urbano) del país, en la encuesta realizada en abril de cada año: la tasa de desocupación (como proporción de la fuerza laboral), la tasa de actividad o participación (la proporción de la población total que está dispuesta a trabajar, tenga o no trabajo), y la tasa de desocupación que hubiera existido durante todo el período, si entre 1974 y 2002 la tasa de actividad o participación hubiera sido la existente en 2001.

El cuadro muestra un aumento significativo de la tasa de desocupación. Argentina era un país “acostumbrado” a que su tasa de desocupación oscilara alrededor del 6% de la fuerza laboral, pero en 1993 saltó a 9,9%, y en 1995 a 18,4%.

¿Cuánto del aumento de la tasa de desocupación se debe a mayor oferta laboral, cuanto a menor demanda de trabajo? La tasa de actividad o participación sirve para responder este importante interrogante. Nótese que, partiendo de 1974 –primer año para el cual se publicó el registro-, la tasa de actividad cayó hasta 1983, aumentando desde entonces.

Corregida por modificaciones en la tasa de actividad o participación, la tasa de desocupación pasó de 18,4% en 1983, a 18,9% en 1995, lo cual implica que prácticamente la totalidad del aumento observado de la tasa de desocupación, se explica por razones de oferta (principalmente, la irrupción de la mujer en la fuerza laboral), y no por razones de demanda. Lo que ocurrió desde el punto de vista de la demanda es lo que se denomina la “precarización” del empleo (formas de negociación –formales o informales- más flexibles), derivada de la precarización de la actividad económica (la demanda de trabajo depende de la demanda de bienes, si esta última no puede estar “garantizada”, mal lo puede estar la primera).

Por último el cuadro 3 ilustra la intensidad del proceso inflacionario, a través de cambios en la unidad monetaria. En los 22 años que van de comienzos de 1970 a comienzos de 1992, la unidad monetaria argentina perdió 13 ceros (sic), equivalentes a una tasa de inflación de 12% mensual, o 290% anual.

. . .

En la universidad del CEMA dicto un curso de política económica (la primera mitad, a cargo mío, reseña la “teoría de la política económica”, Tinbergen, Mundell, reglas versus discrecionalidad, etc.; la segunda mitad, a cargo de los alumnos, discute “casos”, es decir, políticas económicas concretas). Mis alumnos de este año nacieron en 1980, y por consiguiente se sorprenden por la “actualidad” de las cuestiones que se plantearon en Argentina a fines de la década de 1970-comienzos de la de 1980, cuando al implementar políticas antiinflacionarias y de reformas estructurales que mejoraron la confianza, se indujo el ingreso de capitales del exterior (en rigor, de fuera del sistema, es decir, del colchón, una caja de seguridad o una cuenta en las Islas Caymán), la consiguientemente inexorable disminución del poder adquisitivo del dólar, y el financiamiento “genuino” del déficit fiscal, es decir, vía la emisión de títulos públicos; y eventualmente la crisis, cuando se percibió que el sistema no era “sostenible”.

A mí no me sorprendió. Es más, en el congreso que en 1986 WIDER organizó en honor de Carlos F. Díaz Alejandro, me tocó comentar un trabajo referido a las políticas de estabilización aplicadas en el Cono Sur de América Latina entre 1979 y 1981, donde se “concluía” que las políticas monetaria y fiscal habían resultado incompatibles con el tipo de cambio fijado de manera preanunciada (popularmente denominado “tablita cambiaria”). Mi breve comentario se centró en la siguiente pregunta: ¿cómo puede ser que los ministros de economía de los países en consideración, hubieran ignorado lo que cualquier alumno de economía debía saber? (los trabajos del referido encuentro fueron publicados en Findlay, Kouri, Calvo y de Macedo, 1989). Lo cual implica que la crisis posterior a la tablita cambiaria tampoco me sorprendió.

Pero si esto es así, no sirve registrar que, cada tanto, la realidad descarrila por razones “exógenas”, resultando más útil generar una explicación que endogéinice los elementos claves. El enfoque centrado en los procesos decisorios, particularmente en los procesos decisorios públicos o colectivos, sirve precisamente para ello.

Permítaseme sugerir, a la espera de la correspondiente verificación según los estándares de la profesión, la siguiente explicación, centrada en la evolución cíclica de la calidad de las decisiones colectivas.

Comencemos por un momento de crisis. Por resultar insostenible, las autoridades económicas abandonaron las “anclas” de la política de estabilización (se liberó el mercado de cambios, como ocurriera en abril de 1962; se devaluó, como ocurriera en febrero de 1981 o enero de 2002), sube la tasa de inflación, cae el nivel de actividad económica por menor demanda, aumenta la tasa de desocupación y disminuye el salario real, etc.; todo ello en medio de una crisis política (con cambio de autoridades, como ocurriera en cada una de las fechas que se acaban de citar), fuertes acusaciones cruzadas sobre la responsabilidad “personal e ideológica” de la crisis, y pronósticos que van desde el pesimismo (“nunca más volveremos a la normalidad”) hasta el optimismo (“yo no lo veré y mis hijos tampoco, mis nietos quizás”).

Con el tiempo emerge la naturaleza humana individual, con su infatigable espíritu de lucha y su memoria corta, y en el plano político surgen nuevas autoridades, que le devuelven la esperanza y la credibilidad a la ciudadanía, que había jurado que “nunca más” creería en nada. Arturo Frondizi a partir de 1958, Juan Carlos Onganía a partir de 1966, Jorge Rafael Videla a partir de 1976, Raúl Ricardo Alfonsín a partir de 1985 (sic), y Carlos Saúl Menem a partir de 1989, son buenos ejemplos de esto.

Cuando retornan la esperanza y la confianza, la expectativa de cualquier tenedor de moneda extranjera es la de una caída abrupta y súbita en su poder adquisitivo interno (en los 10 últimos meses de 1990 en Argentina los precios más que se duplicaron en pesos, con un dólar libre que se mantuvo constante, lo cual implicó una “inflación en dólares” superior a 100%); consiguientemente se apresura a retornar sus fondos, para llegar antes que los demás, y comprar una casa, una fábrica, una acción o un título público.

De la mano de la mayor esperanza y confianza vuelve la normalización de la vida económica (lo cual, dada la situación previa, implica fuertes crecimientos del PBI y la ocupación de mano de obra), y la mejora de los ingresos tributarios. En estas condiciones, frente a las demandas de fondos públicos por parte de jubilados, pensionados y empleados públicos, y las presiones de los dirigentes políticos, “expertos” y medios de comunicación, según los cuales los jubilados, los pensionados y los empleados públicos, ganan una miseria, quienes tienen que tomar decisiones en materia fiscal, no pueden resistir la tentación de gastar todo lo posible, de manera que la verdadera restricción presupuestaria no es el equilibrio fiscal, sino la capacidad de endeudamiento del sector público.

Pues bien, al comienzo de la crisis, producto de las licuaciones y quitas, los indicadores de deuda pública lucen “razonables”, y además –contrariamente a lo que afirman quienes no se documentan- la historia dice que los mercados de capitales no tienen “memoria”, de manera que vuelven a prestar casi ignorando la trayectoria pasada del potencial deudor.

En el “camino de ida”, es decir, durante la expansión de la producción y los gastos públicos y privados, todo llamado de atención referido a la “sustentabilidad” de las decisiones que se adoptan, es desoído por quienes toman las decisiones, frente al diagnóstico de miseria de

las remuneraciones, perentoriedad de las decisiones, etc.(Ricardo López Murphy, actual candidato a presidente, fue echado por el entonces candidato presidencial Fernando De la Rúa, durante la campaña electoral de 1999, por haber afirmado que “de ser necesario, habría que reducir 10% los salarios públicos en términos nominales”). Consiguientemente, como digo, no pueden resistir la tentación, no sólo de gastar la totalidad de los ingresos tributarios, sino también de usufructuar toda posibilidad de aumentar la deuda pública.

Pero como la falta de sustentabilidad del programa económico no es un mero adjetivo colocado por algún economista, persiguiendo objetivos inconfesables, sino que es una realidad, en algún momento los mercados de capitales dicen “basta” –y normalmente lo hacen de la noche a la mañana-, y cuando esto ocurre la rigidez del gasto público impide la corrección civilizada. Entonces emerge una nueva crisis, y comienza una nueva porción del ciclo que se acaba de describir.

Digresión. Desde la crítica que John Maynard Keynes le hiciera a Winston Churchill, cuando durante la década de 1920 éste tuviera a su cargo las finanzas públicas de Inglaterra, entre los economistas quedó como idea indiscutible que la deflación es costosísima y la inflación no, o que en todo caso los costos de la inflación son inferiores a los de la deflación. Habiendo sobrevivido medio siglo de inflación en Argentina, siempre tuve dudas de esto. Pues bien, a partir de 1991 en mercados específicos, desde 1997 de manera general, en Argentina se produjo un proceso de deflación... en el sector privado (salarios, precios, beneficios, alquileres, honorarios profesionales, etc., fueron reducidos en términos nominales). A mediados de 2001, como consecuencia de la imposibilidad de seguir financiando el déficit público emitiendo títulos, el gobierno decidió disminuir 13% el valor nominal de ciertos salarios y jubilaciones; pero en 2002 la Corte Suprema de Justicia declaró inconstitucional dicha medida. Lo cual le da un sesgo inflacionario a cualquier política de ajuste que deba implementarse en el futuro.

. . .

El ciclo que se acaba de describir, originado en la oscilación cíclica de la calidad de las decisiones colectivas, es de duración y amplitud variables, porque entre otras cosas un par de amplificadores (o amortiguadores) son variables. Me refiero al resto del mundo por un lado, y a las personalidades por el otro.

Claro que en 1979, inaugurando la tablita cambiaria, con superávit fiscal y comercial, Argentina igual hubiera atraído capital del exterior; pero la intensidad verificada del influjo de capitales también se debió al Segundo Shock Petróleo, a uno de sus principales subproductos (los “petrodólares”) y al hecho de que, entre las que hoy se denominan economías emergentes, la de Argentina era entonces particularmente elegible como destinataria de fondos. Tanto el sector privado como el público encontraron irresistible la tentación a endeudarse fuertemente, y cuando a partir de fines de 1979 aumentaron significativamente las tasas de interés internacionales, y a partir de agosto de 1982 México no pagó un servicio de intereses, el impacto de lo que luego se denominó la “crisis de la deuda”, resultó magnificado en Argentina. En aquel entonces y de la mano de Turgot Ozal, Turquía no se endeudó sino que lanzó un

programa de aumento de sus exportaciones; pero no porque no quisiera endeudarse sino porque (en función de pasadas dificultades internas) no era elegible para recibir préstamos internacionales.

Algo parecido ocurrió a comienzos de la década de 1990, cuando como subproducto de la caída del Muro de Berlín, disminuyeron los presupuestos de defensa de los principales países del mundo, consiguientemente bajó la demanda de fondos de los gobiernos de dichos países, de manera que aumentó la oferta de fondos disponibles para el resto, encontrando nuevamente a nuestro país en la categoría de “elegible”.

Esta amplificación del ciclo por razones internacionales lleva a que algunos, en Argentina, en momentos de crisis, piensen en la “corresponsabilidad” de deudores y acreedores en materia de aumento de la deuda pública, lo cual daría derecho a renegociar los términos de la deuda pública apelando, incluso, a la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

Todo el razonamiento se desarrolló hasta aquí como si la política en general, y la política económica en particular, la implementaran robots. En la práctica las personalidades juegan un rol (un rol importantísimo, en la opinión de Harberger, 1993). En países como Argentina la esperanza y la credibilidad se “personifican”; en estas condiciones José Alfredo Martínez de Hoz en 1979 y Menem y Cavallo a partir de 1991, pueden haber aumentado la fase ascendente del ciclo; en tanto que Roberto Eduardo Viola a partir de 1981 y De la Rúa, Adolfo Rodríguez Saá y Eduardo Duhalde a partir de fines de 1999, pueden haber agigantado la fase descendente (este punto es difícil de “demostrar”, dados los evidentes problemas de identificación; pero estoy convencido de ello).

. . .

La tesis de esta monografía es que no tiene sentido ubicar la discusión de medidas de política económica en un plano exclusivamente instrumental. Ejemplo: no ayuda a entender lo que ocurrió, discutir si durante la década de 1990 Argentina debía haber tenido un régimen de tipo de cambio fijo o flexible. Porque la clave está en la generación de esperanza y confianza; si ésta se logra, desde las condiciones iniciales propias de una crisis, los capitales retornan, el tipo de cambio real se deteriora, y una bonanza “no sustentable” comienza a ser vivida como si lo fuera, incubando la correspondiente crisis. En otros términos: la única posibilidad que a comienzos de la década de 1990 tenían Menem y Cavallo de evitar la crisis de sobrevaluación cambiaria y crecimiento no sustentable del gasto público, consistía en generar tanto “ruido” político y económico, que no indujera ningún movimiento hacia la normalización económica. En estas condiciones, como en 2002, los exportadores estarían encantados por “la competitividad de la economía”, los turistas que –superando el efecto CNN, que insiste en demostrar que es imposible vivir en Argentina– se animan a conocer mi tierra, quedarían encantados por “lo barato que están las cosas”, etc. Pero claro, la economía no hubiera crecido, ni el crédito hubiera retornado al país.

Argentina es un país donde las decisiones colectivas o públicas se adoptan de manera brutal. Muchos expertos extranjeros, al aconsejarnos, nos llaman la atención sobre cuestiones como la “sintonía fina”, la “sincronización”, etc.; aspectos totalmente fuera del alcance práctico de los gobernantes de turno. En mi opinión, si una buena decisión (en función de sus resultados finales) debe ser adoptada, mi recomendación es que lo sea cuando haya espacio político, sin prestarle atención a los costos de la transición. Frondizi y Menem pasarán a la historia, entre otras cosas, porque le imprimieron ritmo a sus gestiones presidenciales; si se hubieran puesto a calibrar las diferentes políticas, todavía no habrían adoptado su primera medida.

. . .

El pronóstico que surge de este análisis es, precisamente, el contrario del que suele escucharse estos días en mi país. La sabiduría convencional pasa hoy por decir, con ritmo de tango, que vamos de mal en peor, que esto no es nada, que ya vendrán tiempos peores, y que ni nosotros ni nuestros hijos veremos mejora alguna. Por el contrario, creo que –producto de la naturaleza humana- algunos depósitos están volviendo a los bancos, y los precios de los activos sugieren que los argentinos creemos que el próximo presidente va a ser mejor que el actual (desde 1983 –cuando regresó la democracia- en adelante, en elecciones presidenciales, siempre hemos votado por el óptimo, es decir, por el mejor candidato de los que tenía chance. ¿Por qué habríamos de cambiar en 2003?).

De manera que el problema no es ese. El problema, en cierto modo, es el contrario: ¿habremos aprendido la lección, o la próxima vez que, de la mano del ciclo esperanza-confianza-vuelta de los capitales-revaluación del tipo de cambio-etc., volvamos a la normalidad, eventualmente también generaremos una nueva crisis? Me gustaría decir que sí, que esta vez será distinto; mi cabeza, por el contrario, me dice que no, que el ciclo decisorio descrito en esta monografía va a continuar operando.

¡Animo!

de Pablo, J. C. (1972): Política antiinflacionaria en la Argentina, 1967-70, Amorrortu.

de Pablo, J. C. (1980): Economía política del peronismo, El cid editor.

de Pablo, J. C. (1980a): La economía que yo hice, El Cronista Comercial.

de Pablo, J. C. (1983): "¿Fin del Mundo, Diluvio o sistema?", Mercado, 3 de marzo. Ampliado en Asociación Argentina de Economía Política, La Plata, noviembre de 1988. Reproducido en: Escritos seleccionados 1981-88, Macchi, 1989.

de Pablo, J. C. (1986): La economía que yo hice - vol. II, El Cronista Comercial.

de Pablo, J. C. (1994): Quién hubiera dicho (la transformación económica que lideraron Menem y Cavallo), Planeta.

de Pablo, J. C. y Martínez, A. J. (1989): Argentine economic policy, 1958-87, libro preparado para el Banco Mundial.

Findlay, R.; Kouri, P.; Calvo, G. y de Macedo, J. (1989): Debt, stabilization and development, Basil & blackwell.

Harberger, A. C. (1993): “Secrets of success: a handful of heroes”, American economic review, 83, 2, mayo.

1.

PRODUCTO BRUTO INTERNO TOTAL A PRECIOS DE MERCADO

Año	PBI		PBI	
	Pesos cons- tantes 1980=100	Var. %	Dolares corrientes 1980=100	Var. %
1980	100,0		100,0	
1981	94,6	-5,4	60,7	-39,3
1982	91,6	-3,2	29,8	-50,9
1983	95,4	4,1	49,9	67,5
1984	97,3	2,0	56,2	12,5
1985	90,5	-6,9	42,3	-24,6
1986	97,0	7,1	50,8	20,1
1987	99,5	2,6	52,2	2,7
1988	97,6	-1,9	60,9	16,6
1989	90,8	-6,9	36,8	-39,6
1990	89,2	-1,8	67,9	84,6
1991	98,6	10,6	91,1	34,2
1992	108,1	9,6	107,7	18,2
1993	114,2	5,7	113,6	5,5
1994	123,4	8,0	123,7	8,8
1995	118,4	-4,0	123,8	0,1
1996	124,1	4,8	130,7	5,5
1997	134,8	8,6	140,6	7,6
1998	140,5	4,2	143,5	2,1
1999	135,7	-3,4	136,1	-5,2
2000	134,7	-0,8	136,5	0,4
2001	128,7	-4,4	128,5	-5,9
2002	112,0	-13,0	47,5	-63,0

CUADRO
2

DESOCUPACION, SUBOCUPACION Y PARTICIPACION
(total urbano, abril de cada año)

Ano	Desocupacion (% fuerza laboral)	Participacion (% población total)	Desocupacion con partici- pacion 2001 (% fuerza laboral)
1974	5,0	40,6	10,3
1975	3,5	40,0	10,2
1976	5,2	39,9	12,1
1977	3,9	38,8	13,5
1978	4,2	38,8	13,8
1979	2,6	38,2	13,6
1980	2,6	38,3	13,4
1981	4,2	38,5	14,5
1982	6,0	38,2	17,0
1983	5,5	37,4	18,4
1984	4,7	37,8	16,7
1985	6,3	37,9	18,0
1986	5,9	38,6	15,9
1987	6,0	39,5	13,9
1988	6,5	39,2	15,1
1989	8,4	40,0	15,1
1990	8,6	39,0	17,7
1991	6,9	39,9	13,8
1992	6,9	39,8	14,1
1993	9,9	41,5	13,0
1994	10,7	41,1	14,8
1995	18,4	42,6	18,9
1996	17,1	41,0	21,4
1997	16,1	42,1	17,8
1998	13,2	42,4	14,2
1999	14,5	42,8	14,5
2000	15,4	42,4	16,4
2001	16,4	42,8	16,4
2002	21,5	41,8	23,9

CUADRO 3.

UNIDADES MONETARIAS

Nombre	Desde	Relacion con anterior unidad	Equivalente a \$ 1	Equivalente a \$mn 1
Peso moneda nacional	Nov. 5, 1881		0,0000000000001	1
Peso ley 18.188	Ene. 1, 1970	Quito 2 ceros	0,0000000000100	100
Peso argentino	Jun. 1, 1983	Quito 4 ceros	0,0000001000000	1.000.000
Austral	Jun.15, 1985	Quito 3 ceros	0,0001000000000	1.000.000.000
Peso	Ene. 1, 1992	Quito 4 ceros	1,0000000000000	10.000.000.000.000

